

Ernesto Cardenal

Sacerdote y Poeta.

Javier Zavala, S. J.

En 1957 el poeta nicaragüense, Ernesto Cardenal, dejó el mundo para ingresar a la vida religiosa en el monasterio trapense de Nuestra Señora de Gethsemaní, en Kentucky, EE. UU. (donde fue novicio del célebre escritor trapense norteamericano Thomas Merton), después de concluir la carrera de filosofía y letras en la Universidad de México y de especializarse en Literatura Norteamericana en la Universidad de Columbia, New York y en Literatura Española en la de Madrid.

Por razones de salud a Ernesto no le fue posible profesar en la Orden Trapense, como había sido su propósito, pero tampoco ha regresado al mundo: se encuentra hoy estudiando para Sacerdote en el Seminario para vocaciones tardías de Cali, Colombia.

Los poemas que a continuación publicamos son de su libro "GETHSEMANI, KY.". Se refieren a sus años de noviciado en el monasterio de Gethsemaní, Kentucky. A Ernesto Cardenal, mientras estuvo en la Trapa, no le permitieron escribir poesías, aunque sí le permitían tomar apuntes. Algunos de esos apuntes, ligeramente elaborados por él más tarde, son estos poemas. "Sobre todo no me estaba prohibido —dice él— vivir la poesía. Y de hecho la viví más intensamente que como la había vivido jamás hasta entonces. Estos poemas, que más bien son apuntes de poemas, no tienen otro valor que el de ser un testimonio de la poesía indecible de esos días, que fueron los más felices y bellos de mi vida".

I

Ha llegado al cementerio trapense la primavera,
al cementerio verde de hierba recién rozada
con sus cruces de hierro en hileras como una siembra,
donde el cardenal llama a su amada y la amada
responde a la llamada de su rojo enamorado.
Donde el reyezuelo recoge ramitas para su nido
y se oye el rumor del tractor amarillo
al otro lado de la carretera, rozando el potrero.
Ahora vosotros sois fósforo, nitrógeno y potasa.
Y con la lluvia de anoche que desentierra raíces
y abre los retoños, alimentáis las plantas
como comías las plantas que antes fueron hombres
y antes plantas y antes fósforo, nitrógeno y potasa.
Pero cuando el cosmos vuelva al hidrógeno original.
—porque hidrógeno somos y en hidrógeno nos hemos de convertir—
no resucitaréis solos, como fuistes enterrados,
sino que en vuestra carne resucitará toda la tierra:
la lluvia de anoche, y el nido del reyezuelo,
la vaca Holstein, blanca y negra, en la colina,
el amor del cardenal, y el tractor de mayo.

II

Como las bandadas de patos que pasan gritando,
que en las noches de otoño pasan gritando,
hacia lagunas del Sur que no han visto nunca,
y no saben quién los lleva, ni hacia dónde van,
así éramos llevados hacia Tí sin saber a dónde.
Y como las bandadas de patos que vienen del Sur
y pasan por Kentucky gritando de noche.

III

Es la hora del Oficio Nocturno, y la iglesia
en penumbra parece que está llena de demonios.
Esta es la hora de las tinieblas y de las fiestas.
La hora de mis parrandas. Y regresa mi pasado

"Y mi pecado está siempre delante de mí"

Y mientras recitamos los salmos, mis recuerdos
interfieren el rezo como radios y como roconolas.
Vuelven viejas escenas de cine, pesadillas, horas
solas en los hoteles, bailes, viajes, besos, bares.
Y surgen rostros olvidados. Cosas siniestras.
Somoza asesinado sale de su mausoleo. (Con
Sehón, rey de los amorreos, y Og, rey de Basán).
Las luces del "Copacabana" rielando en el agua negra
del malecón, que mana de las cloacas de Managua.
Conversaciones absurdas de noches de borrachera
que se repiten y se repiten como un disco rayado.
Y los gritos de las ruletas, y las roconolas.

"Y mi pecado está siempre delante de mí"

Es la hora en que brillan las luces de los burdeles
y las cantinas. La casa de Caifás está llena de gente.
Las luces del palacio de Somoza están prendidas.
Es la hora en que se reúnen los Consejos de Guerra
y los técnicos en torturas bajan a las prisiones.
La hora del sudor en el huerto, y las tentaciones.
Afuera los primeros pájaros cantan tristes,
llamando al sol. Es la hora de las tinieblas.
Y la iglesia está helada, como llena de demonios,
mientras seguimos en la noche recitando los salmos.

IV

Como latas de cerveza vacías y colillas
de cigarros apagados, han sido mis días.
Como figuras que pasan por una pantalla de televisión
y desaparecen, así ha pasado mi vida.
La hora de los policías secretos y de los espías,
cuando los ladrones y los adúlteros rondan las casas
y se ocultan los cadáveres. Un cuerpo cae al agua.
Es la hora en que los moribundos entran en agonía.
Como los automóviles que pasaban rápidos por las carreteras
con risas de muchachas y música de radios.
Y la belleza pasó rápida, como el modelo de los autos
y las canciones de los radios que pasaron de moda.
Y no ha quedado nada de aquellos días, nada,
más que latas vacías y colillas apagadas,
risas en fotos marchitas, boletos rotos,
y el aserrín con el que al amanecer barrieron los bares.

V

Yo apagué la luz para poder ver la nieve.
Y ví la nieve tras el vidrio y la luna nueva.
Pero ví que la nieve y la luna eran también un vidrio
y detrás de ese vidrio Tú me estabas viendo.